

## HONGOS ALUCINANTES

José Agustín

Los indios de México conocen los hongos alucinogénicos desde hace muchos siglos, y son expertos en su uso para obtener curaciones, profecías o estados extáticos. Brujos legendarios como María Sabina conocían los ritos y las dosis adecuadas para que los hongos desplegaran sus capacidades mágicas y curativas. Antes de la llegada de los españoles, los indios desarrollaron un culto a los hongos, que eran conocidos como “teonanacates”, o “carne de Dios”. Por supuesto, conocían muy bien las distintas variedades de hongos enervantes, que mas tarde fueron identificadas como *psilocibe mexicana*, *p. aztecorum*, *p. zapotecorum*, *p. caerulescens*, *p. yugenscis*, *P. mixeensis*, *p. hoogshageni*, *p. muliercula*, o *panaeolus campanulatus* o *sphinctrinus* o *stropharia cubensis*, un hongo muy potente que, a pesar de su nombre, no se encuentra en Cuba y que tiene la características de que brota en medio del estiércol de ganado. Todos estos distintos hongos alucinogénicos aparecen en tiempo de aguas en Oaxaca y Chiapas, pero también en Veracruz, Puebla, Morelos, Guerrero Y Estado de México, y se han encontrado en las faldas de los de Colima. Su sabor no es desagradable y, como se descompone al poco tiempo, si no se comen frescos se les preserva con miel o se s deja secar. Los indios los comen pareados, de noche, con fines curativos o adivinatorios, y las dosis van de tres pares de hongos en adelante María Sabina, de lo más tranquila, llegaba a comer hasta sesenta hongos fresqueritos en una sesión. Durante siglos estos hongos se Conservaron casi desconocidos para el mundo no indígena, pero en la mitad del siglo veinte se hicieron muy populares a causa de las Investigaciones de R. Gordon Wasson.

Los años cuarenta, este banquero neoyorquino fue infectado de por su esposa Valentina Pavlovna. El tema de los hongos mágicos se le metió hasta lo más hondo y, con el tiempo, sin duda le deparo más momentos de auténtica felicidad que de desconsuelo. En principio se interesó por los hongos amanita muscaria, o mosca agarica un hongo loquísimo de Siberia que se da en muchas otras regiones y que con frecuencia aparece en ilustraciones de cuentos de hadas; concretamente, es el gran hongo en que se halla sentado, con todo Y hookah, el gusano de Alicia en el país de los maravillas tanto en dibujos de Jolm Tenniel como en la película de la casa Disney. Este hongo es de tallo blanco, erecto, y de sombrero rojo con manchas su potencia alucinogénica es legendaria, y tiene la particularidad de reproducirse, íntegra, en la orina del hongado; si alguien bebe esa orina tiene un viaje aún más fuerte que el de quien comió las setas; además la orina tiene un olor agradable para algunos

animales, así que los Koriak siberianos tenían especial cuidado cuando viajaban con hongos y salían a orinar a la intemperie, pues los renos llegaban a toda velocidad dispuestos a beber la orina y mandar a volar, textualmente, al hongado. Por otra parte, Wasson sostiene que la amanita ha sido fundamental en varias culturas, era nada menos que el mítico soma de la India y también la ambrosia de los griegos, como había afirmado el gran Robert Graves, quien a su vez comió hongos alucinantes en su casa de Palma de Mallorca.

Wasson se enteró de que había hongos sagrados en México. En 1938 el antropólogo mexicano Roberto Weitlaner había enviado unas muestras de hongos oaxaqueños al Museo Botánico de Harvard, y más tarde, con su esposa, hija y su yerno Jean Bassett Johnson, asistió a una sesión de hongos en Huautla, pero no los probaron. Poco después Richard Evans Schultes y Blas Pablo Reko viajaron a Huautla y regresaron cargados de muestras. Finalmente Eunice Pike, una misionera del Instituto Lingüístico de Verano, le corroboró a Wasson que sin duda encontraría hongos mágicos en Huautla de Jiménez, Oaxaca. En

1953, Wasson, su esposa e hija, y Weitlaner, emprendieron, por auto, tren, autobús y mula, el ascenso a la Sierra Mazateca. En Huautla, no sin dificultades, se enteraron de que algunos curanderos usaban los hongos para saber si alguien se curaría o moriría, para encontrar cosas perdidas o para resolver problemas o interrogantes de la gente. El curandero era el que comía los teonanacates, y durante la experiencia dejaba que el hongo hablara a través de él y respondiera lo que se quería saber. Wasson y Weitlaner asistieron a una de estas sesiones y la reportaron meticulosamente, pero es obvio que no quedaron muy satisfechos.

En 1955 Wasson subió a Huautla nuevamente, acompañado por el fotógrafo Allan Richardson, y esa vez tuvo la suerte inaudita de conocer a María Sabina, entonces de cincuenta años, quien, con su hija Virginia, les voló la mente con seis pares de hongos derrumbe recogidos ese mismo día. Ellas, por su parte, se despacharon trece pares cada una, y, después, la chamana de colores guió el viaje de los gringos con una sabiduría e inspiración que dejó fascinado al Viajero Intrépido, Étonnant Voyageur del alma y Jinete de la Eternidad que en realidad era Wasson. El buen micófilo quedó más prendido que nunca y regresó numerosas veces con sus cuates, entre ellos Roger Heim, entonces director del Museo de Historia Natural de París. También envió muestras suficientes de distintos hongos a Albert Hofmann, quien las analizó, determinó que su componente esencial era la silocibina y que la mayor parte de los

hongos alucinogénicos pertenecía al genus psylocibe. Hofmann también acompañó a Wasson a Huautla.

Por su parte, María Sabina era una india mazateca definitivamente fuera de serie. Wasson la llamaba la Señora. En su familia no había curanderos, de allí que su relación con los hongos era lo que en verdad le correspondía en la vida. Cuando tenía siete años de edad y pastoreaba chivos, uno de los animales se alejó y al ir por él descubrió “unos honguitos, a manera de flores duras”. En Huautla los mazatecos son muy aficionados a todo tipo de hongos, así es que no sorprende que la niña se hubiera comido lo que encontró. Todo le pareció extraño. ¿Por qué será?, se preguntó. No tardó en comprender que los hongos eran los que la habían puesto en ese estado. Y le gustó. Con su hermana Ana se aficionó a comer los hongos alucinantes que había en la región: derrumbe, sanisidro, pajaritos. Sentían “muy bonito”, y cantaban, bailaban “y después llorábamos”, contó María Sabina muchos años más adelante. Siempre comió dosis elevadísimas, más de veinte pares de hongos en muchas ocasiones. Y lo hizo la mayor parte de su vida, salvo cuando estuvo casada, la primera vez de los catorce a los veinte años; y la segunda, con un brujo, de los treintaitrés a los cuarenta y cinco años. Al final, el marido se enteró de que María Sabina estaba comiendo hongos para curar a unos ancianos amigos suyos y la golpeó enfrente de ellos; quizá María Sabina le hizo un trabajito discreto, o en verdad el karma del brujo fue instantáneo, el caso es que esa misma noche se oyeron ruidos extraños en la calle y en la mañana el marido y brujo amaneció muerto en el camino.

A partir de ese momento María Sabina renunció a los hombres y se dedicó de lleno a sus hijos y a curar con los hongos, a los que les decía “niñitos santos”, y aunque los comía desde niña ellos se le revelaron hasta que su hermana enfermó de gravedad y María Sabina, para poder curarla, se metió treinta pares de hongos y retó a los niños para que le enseñaran cómo salvar a su hermana. En ese viaje de viajes los Seres Principales le obsequiaron un libro blanco, lleno de luz, que creció hasta alcanzar el tamaño de un hombre; ella veía el libro y sus letras, pero no podía tocarlo, mucho menos leerlo porque era analfabeta; de pronto comenzó a hablar, y supo en el acto que estaba leyendo el libro. Desde que recibí el libro”, contó, “pasé a formar parte de los Seres principales. Si aparecen, me siento junto a ellos y tomamos cerveza o aguardiente. Me entregaron la sabiduría, la palabra perfecta: el Lenguaje de Dios. El Lenguaje hace que los moribundos vuelvan a la vida. Los enfermos recuperan la salud cuando escuchan las palabras enseñadas por los niños santos. Ellos me ayudan a curar y a hablar”.

Wasson encontró a María Sabina en su mejor momento. En medio de sus visiones, se quedó maravillado al entreverla a la luz de la luna mientras rezaba y gemía; disparaba extrañas y suaves palabras, “cortando la oscuridad como una navaja”, y éstas se fueron convirtiendo en una canción en mazateco. Después entonó un cántico “cuyas frases musicales eran de una ternura lastimera indescriptible”, relató Wasson. A lo largo de la velada María Sabina monologó para los seres invisibles, imploró, rezó y cantó. Agitaba los brazos y procedía a bailar una danza larguísima en la que palmeaba silbaba, gritaba, se golpeaba las rodillas, el pecho y la frente. También fumaba y bebía aguardiente de caña. Sacaba ritmos golpeando el petate con la botella. Finalmente hacía un fade out en sus percusiones y dejaba sentir el silencio. Era una artista suprema en el manejo de la carne de Dios.

En 1956, en la página editorial del *Excelsior*, Gutierre Tibón reportó que Wasson había “descubierto” los hongos y que Hofmann los había identificado botánicamente. A su vez, en 1957, Wasson publicó un extenso y legendario reportaje sobre los hongos y María Sabina en la revista *Life*, en sus ediciones en inglés y en español, titulado “En busca del hongo mágico”, y puso a los hongos en el conocimiento público. Ya no fueron a Huautla sólo él y sus colegas, sino otros investigadores, doctores, periodistas y jinetes de la mente de todo tipo, hasta que en la segunda mitad de los sesenta en el pequeño pueblo había multitudes de jipis y jipitecas, más la correspondiente cantidad de soldados y agentes de la perjudicial. Medio mundo vendía hongos a los fuereños. María Sabina no soportó un cambio tan drástico y perdió sus poderes. “Antes de Wasson yo sentía que los niñitos santos me elevaban. Ya no lo siento así”, dijo. “Desde el momento en que llegaron los extranjeros los niños santos perdieron su pureza. Se descompusieron. De ahora en adelante ya no servirán. No tiene remedio.” Los “extranjeros”, Wasson y la Banda Académica, a su vez le echaron la culpa a los jipis, que profanaban las viejas tradiciones. María Sabina estaba de acuerdo en eso. “Los jóvenes han sido los más irrespetuosos”, se quejó, “toman niños a cualquier hora y en cualquier lugar. No lo hacen durante la noche ni bajo las indicaciones de los sabios, y tampoco los utilizan para curarse alguna enfermedad”.

Sin embargo, es evidente que algo semejante pasaría. Los hongos iban a darse a conocer más temprano que tarde, desde el momento, en 1958, en que se construyó una carretera rudimentaria que aun así permitió el acceso de todo tipo de vehículos a Huautla. Antes sólo se llegaba en mula y los comerciantes ricos se estaban acostumbrando a usar avioneta, que llevaba de Huautla a

Puebla en un tiempo que parecía milagroso. La gente del pueblo decía que con la brecha los espíritus de la montaña “fueron perturbados en su mágica tranquilidad y por eso cobran ahora la profanación de haber invadido su territorio, las montañas sagradas, los tranquilos manantiales”. No tardaron en aparecer las antenas de televisión y para entonces Huautla de Jiménez ya se había jodido; se había conectado con el resto del país a principios de los años sesenta y la noticia de que había hongos alucinantes allí, que por lo demás no era ningún secreto, se habría esparcido de una manera u otra en una década en que los alucinógenos habían cobrado una gran notoriedad.

*(Fragmento del libro: “La contracultura en México”. Grijalbo. México, 1996. pags. 49-54)*